



REALIDAD Y MITO

IDA GRAMCKO

LP 5 EDITORA

Título: *REALIDAD Y MITO*

Autora: Ida Gramcko.

© del texto Ida Gramcko

© del prólogo Gladys Mendía

Edición original: Revista Nacional de Cultura N-243 (ene-mar de 1980)

LP5 Editora

Colección Ensayo para descargar

Contacto: mendia.gladys@gmail.com

www.lp5.cl

lp5editora.blogspot.com

Escaneado por Rafael Rondón Narváez.

Transcripción, diagramación y diseño de portada: Gladys Mendía.

Realidad y mito de Ida Gramcko

está publicada bajo la licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada

4.0 Internacional License.



La audacia especulativa de Ida Gramcko vuelve a encender aquí su linterna en un cruce decisivo: ¿empuja el mito a la realidad o es la realidad —esa zona vigilante del yo— la que engendra al mito? El ensayo propone invertir una jerarquía que la modernidad dio por sentada. Donde las lecturas junguianas tienden a ver al sujeto movido por arquetipos que lo exceden, Gramcko afirma la primacía del individuo y de su conciencia: el mito no es motor oculto sino recreo de una personalidad colmada; no es empuje ciego sino “coquetería” de una plenitud que, habiéndose afirmado, se permite el juego de encubrirse y desplegar imágenes.

Esa toma de partido no desconoce la sombra —la autora reconoce el hervidero de impulsos, la “tempestad” subterránea—, pero exige una ética de la actitud: el yo, acompañado por la conciencia, ordena, discierne, responde. La enfermedad misma, sugiere, culmina una serie de desvíos de esa responsabilidad íntima. Así, la libertad no es un premio que llega desde afuera sino el ejercicio más alto de la interioridad. De allí la figura de Dios que recorre el texto: no como resultado de un procedimiento analítico, sino como irrupción de un albedrío —“una voz que dice elige”— que condensa la máxima originalidad de lo humano.

La imaginación ocupa en este sistema un lugar operativo y no evasivo. Gramcko la define como potencia de intensificación: ensancha lo real, le confiere brío, multiplica sus significaciones. El cuento, la leyenda o la fábula no sustraen al mundo de su peso, lo recalcan; vuelven más nítido el contorno de los hechos. Pigmalión, Psiquis y Eros, Blanca Nieves: más que avatares para una fuga, son escenas donde la realidad personal —el yo que irradia— se prueba a sí misma y se disimula con gracia.

La apuesta no es meramente metafísica. Late en estas páginas una preocupación política y moral. Cuando Gramcko contrapone los crímenes del nazismo a las hazañas de Sócrates o de Bolívar, pregunta por el grado de reducción al que puede llegar un ser humano cuando abdica de su “suyidad”. En ese horizonte, “realidad” nombra la ocasión de una culminación: el territorio donde cada quien se ve compelido a convertirse en presencia, a inventar el mundo al otorgarle sentido. Mitología, entonces, como lujo y derroche de una fuerza que ya se sabe capaz de instituir significaciones; símbolo, como traspaso de lo concreto sin anularlo; imaginación, como brasa que acentúa la identidad de las cosas.

Leído hoy, **Realidad y mito** prolonga el gesto mayor de la obra ensayística de Gramcko: oponer a los determinismos —psicológicos, históricos, teológicos— una poética de la decisión y del brillo. Si en otros textos la autora rastreó cómo la voz popular convierte en materia ardiente sus visiones del mundo, aquí se concentra en la arquitectura interna que hace posible esa combustión: un yo que no se confunde con sus figuraciones, una conciencia que las mira, y una libertad que, al elegir, funda. Esta segunda edición digital devuelve a la conversación latinoamericana un pensamiento que reclama para la imaginación su rango más exigente: ser la forma más alta de la realidad.

Gladys Mendía
São Paulo, 2025.

REALIDAD Y MITO

Ida Gramcko

Por convicciones legadas, muchas personas hoy en día creen y sostienen que el mito es lo que impulsa a llevar a cabo diversas acciones en la realidad. Desde luego que me refiero al mito no como a una definición sino como a un contenido inconsciente que mueve al hombre a la ejecución de determinadas actividades. Los hechos vendrían a ser entonces una resultante.

Podría, sin embargo, considerarse lo contrario. La realidad es lo que impulsa al mito. Cabría el argumento de que la teoría de que lo mítico es la base del acto no es tan ingenua como para negar que un ente real, el hombre, es el receptáculo de la mitoneidad. Mas no se trata de eso. Desde luego que el hombre es un recipiente o un receptivo envase, pero la diferencia consiste en que el primer caso algo numinoso es lo que lo pone en acción o en inercia, y en el segundo la numinosidad es su creación, su fundación, su voluntad y no una energía que lo trasciende sino una decisión de trascendencia que no le ha sido impuesta, pero que él desarrolla y alcanza. En todo ello juega un papel importante el planteamiento del inconsciente y la conciencia. Si actuamos

dirigidos por un poderío inconsciente, el ser humano ha de manejar lo que le empuja como una conciencia limpia y clara. En cambio, si actuamos conscientemente no hay que llevar a efecto el proceso de aclarar la oscuridad impetuosa que embarga. Lo que se asienta, es la prioridad de una fuerza que nos avasalla y que sólo podemos despejar con la conciencia, o la prioridad del hombre mismo. No se está negando el inconsciente. Se le está enfocando desde dos perspectivas distintas. O el hombre lo encamina, o el hombre es a sí mismo a quien tiene que encaminarse. ¿Por qué está envuelto entonces en movimientos religiosos o en actitudes supersticiosas? ¿Por qué efectúa gestos heroicos o aberrantes? Los nazis, por ejemplo, ¿sólo estuvieron a merced de un poderío inconsciente negativo? y Sócrates o Simón Bolívar, pongamos por caso, ¿fueron sólo los testimonios de una potencia subterránea? Si hubiesen tomado conciencia de ella, esto no impide la preexistencia de un ímpetu llamémoslo así que es anterior a sus hazañas. Y una nueva pregunta: ¿puede el hombre disminuirse tanto hasta llegar al crimen colectivo si no lo agita soterramente Votam, como escribe Carlos Gustavo Jung? Todos estos párrafos revelan una posible elección entre la preeminencia de lo oculto o de lo voluntario. O

el inconsciente es una reserva, un recuerdo, una reminiscencia, un pasado, o es un empuje o tempestad que transforma la personalidad humana. Si la criatura lo que hace es concienzializar esta tempestad y así queda en paz y armonía, se puede señalar, sin embargo, que nunca tiene libertad total sino un modo de ordenar la insondable. Por más grande que sea el equilibrio logrado, pareciera que siempre existe un vigor libre de nosotros. Si controlamos, si dominamos, si despejamos, todo ello nos sucede en una zona totalmente individual ya que no es a nuestro propio ser a lo que estamos controlando sino a una fortaleza que puede rebasarnos. En tal caso, serenos o no, somos una irreparable adherencia, y acaso nos colmaría más que todo se desarrollara dentro de nuestra propia mismidad, porque la noción de colmo, de redondez, de núcleo consolidado y, en consecuencia, de plenitud individual, parece referirse precisamente a la individualidad y no a una existencia ajena que la incita o la menoscaba.

Podría sentarse audazmente que el hombre y no una extrañeza numínica que le incumbe, es quien hace o deshace. ¿Que el hombre sea hacedor no es curioso porque la vida es un señalamiento de quehacer y él no la imita sino que es la fuente básica de vitalidad,

pero o por qué el hombre deshace sino hay una incumbencia escondida que lo conduce a ese deshacer? El niño nace sin posición maligna. A lo largo de su existencia si no se le enseña o aprende a luchar por su propia yoidad, va adquiriendo una postura anónima, aquello de sentirse nadie. No es que cuestión de aprendizaje sino que, a su debido tiempo, cuando ya es un adulto, no puede persistir con esa fisonomía conductual porque el tesoro y la gracia de su intimidad proseguirán en el anonimato. No ha de cambiarse el hechizo de vivir internamente por un hábito. Si se continúa pasivo, sin búsqueda de lo peculiar, cada vez se irá perdiendo el perfil que nos pertenece desde que nacemos y una serie de adquisiciones y costumbres que no nos atañen nublan el horizonte personal. Pertenecemos. He ahí todo. Paso a paso vamos descubriendo esa pertenencia o permitiendo que la hurten con influencias, influjos o yacencias de nuestra propia parte. Nos erguimos o nos inclinamos. Lo quiere decirse a través de estas palabras es lo siguiente: el hombre no tiene más anterioridad que la suya. Y el hombre no posee un determinismo energético que lo agite sino un tesoro abierto o acallado: su comportamiento consigo. A toda la teórica de las potencialidades que se ciernen encima de

nosotros, el hombre opone un descubrimiento fresco y espontáneo: la actitud. Entonces no hay criaturas enfermas, sometidas al dominio del inconsciente, necesitadas de calor y de apoyo y a la vez irresponsables. Lo que hay, podría temerariamente decirse, es que la enfermedad es el remate de una serie de errores cometidos a lo largo de nuestra vida y que culminan en la mayor equivocación interior: la enfermedad. Pero ¿fuimos siempre culpables de aquellos yerros cometidos? ¿No hubo antecedentes infantiles que nos privaran de un desarrollo lúcido y normal? Nadie niega los surcos que nos deja la infancia y que por un tiempo pueden repararse ante un ser humano que actúe como madre, padre o hermano. Pero también hay que comprender que no se puede continuar en la reparación porque el enfermo tiene, a pesar de todo, una suuidad que no le corresponde sino a él. Subsistir en un negativo pretérito es como eliminar nuestra presencia, no sólo en el sentido del *ahora* que es otra realidad que la del *antes*, sino por un hecho más profundo: somos una presencia y no una superficie o figura inventada. El enfermo, ya en plena mejoría, puede recibir de nuevo maternidad o paternidad, pero esto ya no es reparación sino que quien lo proporciona siente el deseo de acoger o de darle la bienvenida o de

proximizarse. Es como si se despertara un deseo de ser presencia plena: hijo, padre, madre, maestro, hermano. Todas estas siluetas afectivas forman parte de nuestro ser; —no estoy hablando de arquetipos— sino de que ser presencia conlleva toda afectuosa pretensión del ser humano.

Las frustraciones infantiles quedan en la memoria, pero mientras permanezcan allí, la memoria no ha sido superada por nuestra propia e innata permanencia individual. Lo memorioso rompe nuestro yo, que es una herencia olvidada por equívocos y una imprescindible actualidad. El yo es actual en el sentido de que no se conforma con lo dado. El yo es el que permite crearnos. Somos una internidad que florece y que al aflorecer, se proyecta. Por tal motivo, sin el hombre no hay mundo. Crearse significa también crear un entorno porque requerimos la otredad. ¿Por qué? No porque se crea que el contorno es un recurso para reafirmarnos sino porque, por una tendencia al equilibrio, la mismidad pide una oposición, una mundanidad, quiero decir aquello que es nuestro e imparcial, aquello penumbroso y sin nombre... ¿Para qué? Para que exista lo particular como reflejo de lo individual. El hombre crea la naturaleza en el sentido de que a cada cosa natural le da un

significado. Un mundo sin significación es un caos. Ese caos emerge como la víscera de la denominación y el destino que el individuo va a donarle. Así la rosa es rosa por el hombre. La resina es resina por el hombre. ¿Qué sería del roble si no poseyera la intención fecunda que hombre le ha proporcionado?

El hombre es una criatura eminentemente imaginativa. No es que él a sí mismo se imagine o invente. Es que tiene la capacidad de querer mejorar o corregir lo establecido, de generar un orbe nuevo, de no conformarse con lo estereotipado. Cuando hablo de imaginación, no me refiero a la ficción. Lo ficticio es algo falso, me refiero a la posibilidad de inventiva que posee la mente para arreglar o enmendar lo consabido y lo convencional que aparece como un desorden que requiere la intervención creadora. No es que lo creado por el hombre sea imaginario, entendiendo por ello lo irreal. Es cierto precisamente porque el ser humano ha eliminado la anarquía de lo reconocido y ha colocado en su lugar algo así como una sorpresa, una novedad. Las hojas secas o las avellanas no acarrear solamente un ordenamiento sino que parecieran emanar, no sólo de un anhelo balanceador, sino de una rica ideación, de una voluntad bella y brillante. La

mente es soñadora para erigir la tierra. Contemplando manzanas, las queremos comer, pero también deseamos contemplarlas.

La realidad que nos circunda ¿es un producto imaginativo? Si se concibe entonces la imaginación a la manera usual, como una facultad que fabrica bonitos espectros y divaga, no. Pero es que hay que enfocar la imaginación desde un nuevo horizonte. La imaginación es una capacidad de infundirle más brío a toda identidad. La imaginación no es sino una manera de ensanchar la realidad de lo particular. El hecho adquiere mayor identificación, porque lo imaginativo no es sino un modo de la mente que conduce a remarcar los sucesos. No hay pérdida de realidad. Hay realidad más calificada. No olvidemos, sin embargo, el evento inicial. Recordemos un cuento muy antiguo. Una joven estaba a punto de casarse. El doncel que iba a ser su marido murió en un accidente. Pero las gentes narran otra cosa: el asunto no terminó allí porque la doncella acude al bosque todas las noches para encontrarse con el espectro hermoso de su amante muerto. Primero es lo concreto y luego una amplia proporción. ¿Para remarcar lo concreto? No. Para hacer ver que la realidad de lo concreto se amplía, se ramifica y se torna, por obra de la imaginación, aún más firme en su

realidad específica. La imaginación es como un pretexto encendido para reforzar los acontecimientos. La imaginación sólo es rotundidad. Los cuentos de hadas vendrían a ser así un acento puesto sobre lo particular. Pero no se confunda esto con el caso de una persona que crea, por ejemplo, Blanca Nieves. Esa persona está alienada. Ha perdido su yo. Vive en lo irreal. Una persona es ella y Blanca Nieves en el cuento fue ella también. Equivocarnos en nuestra exactitud humana sintiéndonos un personaje es perder la noción de nuestra propiedad. Si algún ser humano se siente o se asemeja a otro, a un rey o a un mago, ese reino y esa magia han de ser manejados por él mismo, sin permitir que el yo –origen– sea apagado por lo imperial o por lo mágico. La criatura es la base de toda característica o cualidad que se le encuentre y ella misma ha de ser la dueña y la diligente de esas propiedades. Ya se asentó que Blanca Nieves no deja de ser ella aún en su realidad. Acontece así con las leyendas. Hay figuras legendarias que se convierten en uno u otro animal, pero esta multiplicidad no significa dispersión sino una innata originalidad. Oruga, crisálida, mariposa. Podemos enriquecer al ser humano de un solo modo: atisbando su más ancha marginalidad. Un ser humano se nos presenta como algo no

solamente figural sino como una atmósfera, como un clima, porque el hombre, desde un enaltecimiento consustancial con él, es irradiante. No se reduce en su pristinidad. La derrama. No es una concreción meramente. Algo sutil: el yo, se desprende de la solidez, ¿por qué? Porque el individuo no es una opacidad sino un realce. No pasa igual con lo natural. Una flor cobra prestancia cuando la subjetivizamos, cuando la cortamos y la colocamos en el ánfora. Sólo de ese modo existen las cosas. El hombre les da un significado y luego, si las toma para sí—tomo la flor y el recipiente—cobran algo de nuestra dignidad. Se presentan algo más agudamente, porque el hombre las ha hecho suyas. Así se elimina en parte la concreción natural. Entonces, el hombre ¿es o no es una concreción? El hombre no es una cosa. Tampoco es algo abstracto. Es la causa de las concreciones y sus propiedades. Ya se dijo que la naturaleza refleja su yoidad. ¿Cuál es su concreción si sabemos que es el fundador de ellas? Yo diría que el punto de arranque para desplegar su propio ámbito. Su concreción no es despliegue yoidal: es pretexto para que éste se produzca. El yo es el pedestal y la concreción sólo una forma o una faceta de este arraigo. Habría que decir que lo fundamental en el hombre es aquello que otorga más prestigio a su

jerarquía primeriza que es el yo. Sin boca no hay sonrisa, desde luego, pero la sonrisa es la que concede singularidad a los labios. La boca que sonríe es un ambiente yoico. No hay vuelco ni exaltación del individuo en una boca embalsamada. Los arquetipos del inconsciente colectivo, de cuya autonomía tanto se habla, están dentro de nosotros como un objetivo mandato. Y nosotros hemos de esforzarnos para que la conciencia los aclare. Hay una trayectoria pensativa para llegar a iluminarnos. Dios es un arquetipo según este planteamiento. Pero Dios, ¿irrumpe o requiere un estudio previo para ser encontrado? Considero que Dios no precisa de un examen sino de un albedrío. No se despeja con una deducción, es una súbita conciencia inmediata. Y se le admite o se le traiciona. Porque Dios no está dentro de mí como una voz que dice: elabora, sino como una voz que dice, elige. La autonomía de Dios es diferente. No rige interiormente como un penumbroso mando. Es el ápice y el alcance de la realidad fundamental: la interioridad. Su libertad precisa del hombre, no para sostenerse, sino porque el hombre forma parte de esa misma libertad. El hombre es la señal humana de la facultad sublime y celeste de ser libre. Lo libérrimo puede obtenerse, pero refiriéndonos a Dios, este opera en nosotros con

un estilo súbito, porque está liberado de todo condicionamiento analítico. No pasa por una trayectoria o recorrido, por la sencilla razón de que es el apogeo o el auge de lo individual, de la divisa individual, que no es consecuencia sino una verdad originaria. Que esta verdad se pierda, no significa que el hombre no sea un ente para no perderse y para perfilarse. Dios no puede someterse a un estudio pues, desde que figuramos en el mundo somos nativamente seres personales. Dios no necesita análisis alguno porque es el encuentro consciente de la tenacidad vital. No puede limitarse a la ayuda de las fantasías y los sueños. El hombre, cuando sueña, memoriza y Dios no es una memoria sino una presencia. ¿Por qué, insisto, no puede ser un resultado? Porque el resultado es un fin y Dios es un comienzo. Puede habersele buscado durante algún tiempo, pero su presencialidad no parece el remate de un proceso sino un hallazgo que no es sumiso a esa temperada de busca y al expectante espacio. Es como un amable intruso por la emoción rara que nos produce, pero es a la vez el hincapié más grande de nuestra irreversible intimidad. Es el descubrimiento total de nuestra fijeza interna y nunca un colorario. No tiene báculo o ayuda, como ya se indicó, en la pesadilla o el análisis. Está fuera del intelectualismo excesivo y de la

clarificación del inconsciente, pues no es una erudición, por más sensibilizada que sea, sino voz. No puede ser el fruto de un letargo o de una penetración, lenta y exhaustiva, pues se nos presenta –la misma idea de nuevo– como una personalidad sin antecedentes, sin historia, sin antepasados, como una luz libre de noche y duermevela, igual que un imprevisto despertar. Ese tono imprevisto se da porque el individuo ha de encontrar su máximo signo libertario. Por no llamarlo Dios llamémoslo clímax de originalidad. Logro de lo nuestro. No sujeción a los conflictos y a sus sesudos comentarios. No lo compliquemos. Lo oriundo no se hace. Nace. Recordemos que no somos los huéspedes sino los protagonistas de la vida. Recordemos que somos el preparativo del mundo. Y volvamos al tema que se planteó en la iniciación: la realidad no es impelida por el mito, sino que la realidad es su causa. ¿Cómo podría decirse lo que es la realidad? Es como la estilística que necesita el hombre para desarrollar su predominio personal. Pero él no la ha creado. Lo que ha creado es el mundo. La realidad es su posibilidad simultánea. El hombre es real, quiero decir está disponible para llevar a cabo su aventura privada, mas la realidad podría también ser algo del hombre en el sentido de que es la parte suya proyectada donde pueda

realizarse. La realidad no es algo externo al individuo. Es una modalidad de su persona. Si creemos que la realidad es un conjunto de vicisitudes, frustraciones, alegrías, entusiasmos, deseos y desengaños, eso no merma la argumentación, porque el yo no es sólo una estabilidad sino una lucha en el sentido de que crea el mundo y esto significa que el yo es una seguridad y, como toda seguridad, cargada de un filón predominante. No es que se exhiba. Es que se pronuncia. El yo es un esfuerzo, no porque necesite, si se encuentra sano, conquistarse, sino porque su desdén por la yacencia o la inercia le concede el carácter de un triunfante desempeño vital. El yo, como todo lo que sobresale como una primacía vívida, se presenta como una violenta afirmación. El yo es un raro coraje. La realidad es, pues, la vigilia del individuo, lo que es su compañía, porque él se halla precisado de su aseveración y su constancia. El hombre espera su consolidación y, lo curioso, es que al alcanzarla comete la travesura o el juego de ser indirecto y no fácilmente dable.

Marginando un momento para esas travesuras, podríase inquirir: la realidad ¿es tan sólo una modalidad del individuo? Sin él, los peces, los pájaros, ¿no existen? Señalamos que tan sólo con una oscuridad, pues no han

cobrado un valor significativo. El hombre es quien lo concede y el hombre es la mayor significación, porque es el registro de la conciencia y la conciencia es la admisión de cualquier circunstancia. Además de ser admisión es el reconocimiento de los asuntos menores o grandes. Puedo tener conciencia de mi mano, también lo puedo tener del ya citado Dios. La conciencia es el reproche a lo oscuro y en tal sentido tenemos que considerarla como a una visión de vida plena extraordinaria. La conciencia es la mirada completa sobre la realidad. Y es inseparable del hombre, como si fuese su total parentesco o su gran familiaridad. Más aún: es la índole del hombre. ¿Por qué? Porque sin ella el hombre no podría ponerse en primer plano o sentirse, una vez más, siempre actual o realzado. Siguiendo el hilo de la realidad también es lo presente, lo inequívoco, lo innegable, porque la supuesta realidad del pasado no es tal sino una conclusión, y la del futuro es una posibilidad sin índice redondeado. El futuro puede ser promesa, pero la promesa no es algo que se encuentre cumpliéndose. Y el ayer es lo que ya se cumplió. La conciencia es la celebración o la fiesta de la persona, pues sólo con ella, ésta pueda sentirse proveída de una visión exacta. Si la conciencia nos hace ver un dolor, el yo entra en acción y resuelve si ha de

aniquilarse o sobrellevar. El yo es lo primario pues, por ejemplo, se dice: yo siento una alegría o yo siento un pesar, pero lo que él siente es conciencia. La conciencia es como si fuera la escolta indubitable del yo. A la flor, si no le viene el aire, se marchita. Al yo si no le viene la conciencia se deshace. No existe un yo sin ella, porque le sirve para discernir, y el discernimiento nos conduce a una vida más clara y eficaz, no es solamente la compañía permanente del hombre, sino su homenaje. La memoria constante de los duelos, anula. Pero la conciencia, que no es memoria, sino espíritu retinal y señalante, poderío anexo al yo, lo remarca.

Volvamos al menester travieso. El yo se percibe tan espléndido que desea expresar esta mina a través de sucesivos mitos. Psiquis no puede mirar al Dios Eros, porque el alma del hombre se siente muy sometida al hecho de la imposibilidad de ver lo ilimitado. Cuando osa verlo, es castigada. Pero el mito concluye, como diríamos de modo común, con un final feliz. Pigmalión hace una bella estatua. Venus se enardece y la convierte en mujer. Pero en el término del mito, la diosa la concede de nuevo la obra estética marmórea para que pueda contemplarla. Estos dos mitos indican que la persona sale triunfadora a pesar de los

percances. ¿Qué nos dicen entonces estos mitos? Que devienen de un terreno personal. Mas ¿Para qué hacerlos cuando el hombre se halla en la firmeza y no tan sólo en la esperanza? Ahora se penetra de lleno en lo que llamamos travesura. El hombre ya colmado acaso no requiera brillar. Tal vez esté satisfecho de su poder autóctono. Ya le ha dado un sentido a lo natural, ya lo ha subjetivizado. ¿Para qué más? Porque la persona triste nunca ha sido traviesa. Es solemne. Se juega amargamente con juguetes prestados. Allí no hay juego, sólo un intento que no cuaja. Pero cuando sentimos que somos amos de nosotros mismos, este dueñazo nos vuelve de pronto capaces del regodeo de lo obtenido. Si yo poseo una vivienda, puedo llenarla de flores o tan sólo rodearla de césped. Y después variar. Si es mío un óleo, puedo colgarlo en una habitación o en otra, tener emancipación especial. Lo nuestro es aquello de lo que podemos disponer. Y esta disponibilidad produce un jugueteo. Puedo jugar a que estoy ciega, porque tengo las pupilas muy claras. Entonces, si el individuo está seguro, cabe que disponga con variaciones su seguridad. Las excelencias que poseemos pueden, de mil modos, distraernos y deleitarnos. No se ponen nunca en entredicho, pero es posible llevarlas a una zona en donde se

conviertan en una realidad fantástica. Esa realidad fantástica proviene de nuestra realidad personal. El mito surge como un deleite de nuestras aptitudes ya reconocidas. El mito es una delicia que brota de la precisa individualidad. Se habló anteriormente de que lo específico y lo propio se volvía ganancioso a través de la leyenda y que Blanca Nieves era ella en el cuento de hadas. Son dos proposiciones. En el caso del mito lo que se consigue no es precisamente un realce, sino una discursiva graciosa, gentil y deleitosa del realce. No se trata de aseverarnos más, sino de disimular nuestra aseveración, ya que el disimulo no es sólo un escondrijo, sino como un posible que tenemos para no delatar nuestra solidez de inmediato. Y no la delatamos porque conociéndola, nos gusta algo así como jugar al escondite para recrearnos en nuestras precisiones. Ningún hombre se cree Pigmalión en el mito. En ese sentido sucede igual que con Blanca Nieves. Pigmalión es Pigmalión. Nos perfilamos de otro modo. Un hombre oculto tras un árbol acaso incita a sentir más su personalidad. Esto podría ligarse a la teoría de "la presencia por la ausencia" de Martín Heidegger. Tal vez estemos más cerca o seamos prominentes si nos encubrimos. El juego no es un encubrimiento, pero muchas veces los niños

se disfrazan de grandes personajes. Y este encubrirse es un goce. Así en los mitos jugueteamos con lo que nos pertenece y el mito se comprende entonces como una sensible y profunda diversión donde nos solazamos con nuestras cualidades. El mito no es entonces un acicate inmerso que nos moviliza para derramarlo en la mitología. Puede aventurarse la idea de que lo mitológico es anterior a todo ímpetu sellado, porque manifiestan una necesidad del hombre que lo lleva a aplaudir el encuentro consigo mismo.

La realidad activa no devendría así del mito. El mito emanaría de una firme y sonriente personalidad que se permite desplegarse en un regocijo de imágenes. Con lo simbólico sucede algo similar. Un recipiente muy cóncavo, podría ser considerado como un símbolo maternal, pero el recipiente no ha desaparecido. Sólo que su concreción ha sido traspasada por un símbolo, pero yo me detengo en el recipiente. Sin él, no hay simbología posible como no la hay sin el mar. No estoy defendiendo nuestras concreciones. Sólo digo que si una persona me simboliza a un personaje, la persona tiene que estar allí para que ello suceda, y además, ha de saber manejar ese símbolo desde su primeriza mismidad. Un recipiente se traspasa no sólo con el símbolo, sino que hay algo más, se

traspasa por lo que ya se ha dicho, porque el ser nuestro obtiene algo de nuestros rasgos personales, ya que lo hemos vuelto subjetivo, y si nos referimos a una cosa natural, ella es un producto de nosotros que le damos un sino y una orientación.

Se habla también del mito desde otra perspectiva. Simón Bolívar, por ejemplo, se activó en base al mito de la libertad. El arquetipo del inconsciente colectivo del héroe parece haberlo embargado. Pero ¿fue ello así? Bolívar tuvo plena conciencia de la empresa de la que se había hecho responsable y él estaba convencido de que era un gran héroe. ¿Fue que tomó conciencia de un arquetipo que le bullía oscuramente, fue que un hombre como él decidió, con la única intervención de su persona y de sus decisiones, conquistar la libertad? ¿Por qué hubo de movilizarlo arquetipo y no su propio ser humano? Con todo esto ¿se quiere expresar que no sea necesario atribuirle al inconsciente la validez del hombre, aun reconociendo que el inconsciente es algo que se agita dentro de él? Si un empuje acallado es lo que nos permite hacer actos o deshacerlos, eso nos mancilla menos y nos reduce la proporción de nuestra hazaña.

El individuo lleva consigo esa modalidad, o ese modo de ser que es la realidad. La

realidad, puede decirse, es aquello que pronuncia presencia y nada vago. La realidad es un motivo para sobresalir como persona. La realidad es un misterio mientras no la percibamos. La realidad es una suficiencia, una posible plenitud del hombre. Del hombre todo proviene. Porque, desde lo ílmite, su espíritu fue creado para proseguir o continuar o imitar una enorme individualidad. La vida no es la realidad. Pues la vida de muchos entes no tiene conciencia de ello. Y la conciencia es el único modo de descubrir esa grandeza individual. Vivimos, pero en nosotros sólo en la medida en que somos claros con nosotros mismos, lúcidos de nuestro patrimonio y nuestro perfil; sólo en la medida en que están presentes nuestras condiciones, somos reales. Pasado y futuro no cuentan para los animales. Para el hombre tampoco, pero en distinta dimensión. El animal no es exactamente una presencia. Porque la presencia no implica la ignorancia, sino el destello que vertemos sobre cada problema. La vida puede desconocer su realidad. Es una realidad sin alternativas. Donde se produce verdaderamente lo real es en el ser humano porque él es el que se conforma o se corrige, el que ama o no ama.

Insistimos en el problema de la realidad; esta es una ocasión que nos han dado para ser

íntimos y fieles a nosotros mismos. Es la oportunidad de ser criaturas recias y relevantes, es como un segundo yo que nos azuza a develarnos y a comprender que somos, no su testimonio, sino su centelleo indispensable. La realidad es como tentativa, una aventura: el hombre. Esto podría tildarse de exagerado. Pero también es cierto que el hombre, más que su pareja, es como el estado de lo real. El hombre, entonces ¿es lo primero y la realidad una busca de él? Hay algo más. El hombre es lo primero porque es la propiciación de lo exclusivo, partiendo de la máxima y suprema exclusividad. Mas la realidad marcha con él como el espejo de su rostro, como el agua en que se refleja su semblante. La realidad es una conciencia anónima para que la dibuje el hombre. La realidad es como una visión peregrina para que la inteligencia consciente de la criatura humana la detenga en su lumbré, la visualice, la destaque. La realidad concierne al hombre como si éste fuera su destino. El individuo ha de darle un propósito a lo real por medio de su entidad notable. Ella es como un ritmo, muchas veces inadvertido, donde se desarrolla y se difunde nuestro donaire. Ella es como una humanidad no descrita que el hombre colma de una expresividad especial. Puede extenderse en narrarla, pero lo más acertado consiste en que

no la relate, porque ello puede traer lo disperso. El acierto no consiste en hacer de la realidad una crónica, sino una melodía abarcante. Ella es el llamamiento sordo y perentorio que está pidiendo, no sólo un oído, sino una vibrante canción. ¿Y por qué nos reclama? Porque ha manado del apetito de un prestigio que somos solamente nosotros. Es como un desempeño incontenible que sólo el ser humano plasma.

Dentro de esta teorética, la realidad es el origen de los mitos. No son los mitos los que nos hacen actuar, sino ella misma que hambrienta de hombre, sólo con la envergadura de éste, se sacia. Hay que anotar que lo imaginativo circula en la mitología de la manera en que ya expresamos. La frase era la siguiente: la imaginación es una capacidad de infundirle más brío a toda identidad. Es un ensanchamiento, no una condición espectral. Las leyendas, ya lo dijimos, son aquello que no nos difumina, sino que nos remarca. Y los mitos son una alegre maniobra que se realiza desde lo que ya se encuentra asegurado. Son el recreo de lo fuerte. Y la imaginación penetra en ellos, no como una glorificación individual más bien como su encantadora jactancia. Los mitos devienen de la realidad consciente de aquel hombre que no sólo desea mostrarse cada vez más relevante, quiero decir mayor punto de

apoyo de su ser y de lo que lo circunda, dilatándose en una dimensión bella y vasta. Los mitos son ya como el lujo que se concede a una riqueza nunca reacia. Existe una suerte de coqueteo con lo que hemos alcanzado. Los mitos son grandes coqueterías imaginativas de la individualidad. Son disimulo o tramoyas joviales en donde lo íntegro puede hacer combinaciones y entresijos risueños. Un bello ejemplo sería el de una mujer que poseyendo un bello seno no lo patentiza en un escote, sino que lo envuelve, con picardía y humor, en chales.

Esas simulaciones preciosas son disimulo, porque también son un derroche. Es como si el hombre se despilfarrara alegremente a través de la creación del mito. Sólo el que está satisfecho de sí puede forjar este derramamiento lírico. Y si el mito es dramático, ello expresa quizás que el ser humano ha tomado conciencia de que en la vida hay problemas y no siempre bienestares. Comprender las durezas no significa admitirlas. Puede significar el afloramiento de un medio para superarlas. La misma copiosidad del mito, aunque no sea totalmente optimista, ya concibe esta salvación, porque nadie va a expandirse y a volcarse en lo mitológico, si por dentro no es una mina afianzada. Se podría decir que lo que se está expandiendo es el dolor.

Sucede, sin embargo, que el dolor puede ser agudo pero lo caracteriza una pobreza, un aislamiento, un abandono y nunca una abundancia. El mito sigue siendo pródigo en su zona expresiva y ello delata una capacidad para enriquecerse y no mermarse. En cuanto a empática jugarreta, a su malicioso regateo, estos son el producto de la premeditada usura de la gracia. El esparcimiento o la deleitación de la persona se encubren en figuras alegóricas precisamente porque el hombre ya puede desparramarse y entretenerse como con grandes metras multicolores o muñecos vivientes con túnicas, clámides o peplos transparentes, una niebla que es un entretenimiento envuelve lo personal, porque esto ya puede permitirse una diversión como la de la gallina ciega. Nos cegamos animadamente, y de manera expresa, porque ya podemos observarnos.

La quietud, la claridad, la certitud producen un dinamismo y la mitología quizás podría considerarse como el fruto consciente de una persona quieta, certera, clara. De la serenidad, como un gran juego, emana la dinámica. Y esta pareciera ser muy femenina por aquello de que recurre al secreto a pesar de que su despeje sea indubitable. No se confunda esta función secreta con el símbolo de una gran

dama. El ocultamiento es algo que acarrea consigo una posición y la distrae con escaramuzas gentiles y livianas.

El mito procede de la criatura colmada y tan colmada que puede incluso sonreírle a su colmo y hasta, por una lúcida recreación adoptar un aspecto aparentemente paradójal. Ello es ya como la jocundia del éxito y podemos decir: somos con un tono irónico y alegórico justamente porque somos seres con llenura y calma.

No es entonces el mito lo que hace circular a la criatura. El mito brota de ella cuando se halla conformada. El mito amanece como una hoguera real, no sólo viva, ya que es la consecuencia de un ser humano que ha conquistado su propia internidad que incluso ya puede trasladarla a una creatividad regocijada. Si la verdad imaginativa acentúa la individualidad y ésta es la apertura para su realización interna, habría que añadir que la realidad es aquello que enmarca nuestra fisonomía como si fuera una suerte de retrato en sus rasgos físicos, en su gestualidad espiritual decaída o preponderante. La realidad es la espera de una culminación. Y el hombre es el ensueño o la esperanza de lo real.

El acierto no consiste en hacer de la realidad una crónica, sino una melodía abarcante. Ella es el llamamiento sordo y perentorio que está pidiendo, no sólo un oído, sino una vibrante canción. ¿Y por qué nos reclama? Porque ha manado del apetito de un prestigio que somos solamente nosotros. Es como un desempeño incontenible que sólo el ser humano plasma.

Ida Gramcko